

Miguel León-Portilla: *Culturas en peligro*. México, Alianza Editorial Mexicana, 1976. 227 p. (Biblioteca Iberoamericana, 2).

Continuador de la vigorosa corriente contemporánea que se propuso revalorar científicamente nuestro pasado prehispánico, y entre cuyos más distinguidos representantes se cuenta a Manuel Gamio, Alfonso Caso y Angel María Garibay —su ascendiente más directo—, León-Portilla ha sabido situar sus investigaciones dentro de un contexto más amplio, que abarca no sólo el proceso inmanente de un grupo o una comunidad cultural, sino también la interacción a que éstos se encuentran sometidos con respecto a otras entidades afines o disímolas. En este sentido, su obra *La visión de los vencidos* (1959) ha llegado a ser una de las contribuciones fundamentales de nuestra época, no sólo en el sentido de ampliar la dimensión de una historia nacional narrada tradicionalmente en forma unilateral —hecho que en sí mismo adquiere valor inapreciable— sino también como una aportación de testimonio a un concepto universal: la desintegración de los valores culturales y sociales de un pueblo por el efecto de conquista, y el proceso ulterior irreversible que liquida cualquier capacidad de reconstrucción de un universo inevitablemente perdido.

Al recordar algunas de sus obras, entre otros muchos estudios que ha publicado, como *Siete ensayos sobre cultura náhuatl* (1958), *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* (1961), *Los maestros prehispánicos de la palabra* (1963), *Trece poetas del mundo azteca* (1967), *Quetzalcóatl* (1968) y *Antología de Teotihuacán a los aztecas, fuentes e interpretaciones históricas* (1971), podemos preguntarnos: ¿quién más si no León-Portilla posee los instrumentos necesarios para dilucidar —como lo hace en este libro— conceptos como “identidad cultural”, “aculturación”, “dominación cultural”, etc., términos que expresan una de las más neurálgicas preocupaciones de nuestra época, y que con frecuencia se manipulan fuera de la dimensión que les corresponde? El común denominador de los ensayos reunidos en este libro es, como lo indica su título, el concepto de *culturas en peligro*, situación que no se refiere apenas a determinadas minorías étnicas y lingüísticas, sino que sirve al autor para desarrollar una teoría de la cultura contemporánea, y que se aplica tanto a la “cultura de los vencidos” —caracterización de pueblos o comunidades que han sido conquistados— como a las “culturas prepotentes”, incluyendo al mundo occidental. En tanto que las primeras enfrentan los peligros inherentes al ámbito de su desarrollo interno, como entidades dinámicas siempre expuestas a desviaciones, pero principalmente los riesgos que se derivan de su inevitable relación con otros universos culturales, de cuyo impacto surgen formas de dependencia o inducción que pueden motivar su fortaleci-

miento o desintegración; las segundas, a pesar de su papel dominante, se ven amenazadas por agentes hasta hace poco desconocidos: contradicciones internas que pueden desembocar en antagonismos aniquilantes, la creciente inestabilidad económica, las graves diferencias nacionales que entrañan riesgos de conflagración, sin excluir la posibilidad de una guerra nuclear, y el aprovechamiento indiscriminado de la naturaleza que amenaza con un deterioro irreversible del medio y el agotamiento de sus recursos.

Fundamentalmente este libro implica una toma de conciencia sobre "la necesidad de que historiadores y antropólogos, quienes estudian el universo de las culturas, la suya propia y las ajenas, perciban la urgencia, hoy más que nunca vital, que tienen las sociedades en peligro de ahondar en el conocimiento de sí mismas". Sólo a partir de esta premisa, pueden encontrarse formas para lograr una verdadera autointegración cultural, a través del rescate de los valores, símbolos y significaciones que constituyen las grandes coordenadas de una cultura, para después, confrontarlas con las influencias y presiones del exterior. Sólo así pueden encontrarse las transformaciones positivas que refuercen e incrementen los valores adquiridos, convertir el cuestionamiento endógeno en estímulo de actualización coherente con la propia identidad, y no en un catalítico que disgregue:

Uno de los aspectos en que debemos hacer hincapié entre los muchos méritos que pueden señalarse en esta obra se refiere en realidad a una cualidad del pensamiento de este emérito investigador. Y ésta surge de su riguroso método de conocimiento y del proceso que, a partir de su propia experiencia personal con la cultura que maneja, ha conformado su instrumental crítico. Nos referimos específicamente al marco teórico y a la nomenclatura utilizada. Señalemos como ejemplo el término *nepantlismo*, que por la precisión de su etimología indígena viene a denotar con toda la univocidad científica deseable un concepto que en la terminología internacional sólo se acierta a expresar perifrásticamente como "vacío espiritual" o "espacio cultural", etc., incluso por los investigadores gramscianos de la cultura. ¿No es —digamos entre paréntesis— una prueba tácita que aporta el autor de *La filosofía náhuatl* —su tesis doctoral— acerca de la riqueza conceptual y la elaboración a que había llegado el pensamiento prehispánico, cuando aún en nuestra época la cultura de Occidente no acertó a nombrar? Este concepto, como otros que maneja el autor, podría hacer pensar a los lectores no especializados en una intención, tan extendida entre nuestros ensayistas románticos, de traducir innecesariamente ideas a formas extravagantes. Ya se ve que el sentido es otro y lleno de contenido, se trata de reivindicar un término funcional, existente en nuestro sistema cultural y necesario por la vigencia universal del fenómeno que expresa. Lo mismo puede

decirse de otro término empleado por el autor, esta vez tomado del historiador griego Tucídides, la palabra *écosis*, que viene a expresar con la misma validez que el anterior, otro de los conceptos precisos que configuran su metodología, y que significa originalmente “el proceso de hacer u organizar la casa”, y por ampliación “el conjunto de transformaciones que, en beneficio propio, realiza una comunidad humana al actuar sobre el ámbito geográfico en que ella se ha establecido para desarrollar allí su existencia”, como define León-Portilla a partir de la aplicación que ya el historiador griego daba a la palabra.

Estos términos, así como el discernimiento entre otros tales como “afinidad” y “homogeneidad” cultural, “las culturas de vencidos”, “identidad” e “integración”, constituyen el necesario marco conceptual con que el autor nos familiariza inicialmente, para seguirlo en un itinerario cronológico y geográfico que abarca situaciones dadas en comunidades indígenas anteriores o posteriores a la conquista, o bien el hecho capital que ésta significó, así como el destino de otros conglomerados sociales, dentro o fuera de México, insertos en entidades más amplias y absorbentes. No siempre, parece indicar la experiencia histórica, las transformaciones impuestas por una cultura prepotente han acabado con la identidad cultural, con la visión del mundo, de una sociedad agredida; pero sí son más frecuentes los casos en que los pueblos conquistados sucumben a un proceso de *nepantlismo*.

*Culturas en peligro* es un modelo de investigación etnohistórica “desde adentro”, como su propio autor proclama con un enfoque no impuesto sino que responde a las necesidades del material estudiado, en donde los fenómenos son captados con toda su dimensión dinámica y vigencia. Por ello el objeto de su estudio trasciende los límites de la investigación arqueológica y se convierte en reflexión de validez actual. Este es, a nuestro juicio, el mérito principal del quehacer del humanista, que cobra conciencia de su responsabilidad histórica.

JORGE RUEDAS DE LA SERNA